



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 20 de agosto de 2003

Restauración de Jerusalén

1. El salmo que ha sido propuesto ahora a nuestra meditación constituye la segunda parte del precedente salmo 146. En cambio, las antiguas traducciones griega y latina, seguidas por la liturgia, lo han considerado como un canto aparte, porque su inicio lo distingue netamente de la parte anterior. Este comienzo se ha hecho célebre también porque a menudo se le ha puesto música en latín: *Lauda, Jerusalem, Dominum*. Estas palabras iniciales constituyen la típica invitación de los himnos de la salmodia a celebrar y alabar al Señor: ahora es Jerusalén, personificación del pueblo, la que es interpelada para alabar y glorificar a su Dios (cf. v. 12).

A continuación, se hace mención del motivo por el que la comunidad orante debe elevar al Señor su alabanza. Es de índole histórica: ha sido él, el Libertador de Israel del exilio babilónico, el que ha dado seguridad a su pueblo, "reforzando los cerrojos de sus puertas" (cf. v. 13).

Cuando Jerusalén cayó ante el ataque del ejército del rey Nabucodonosor, en el año 586 antes de Cristo, el libro de las Lamentaciones presentó al Señor mismo como juez del pecado de Israel, mientras destruía "la muralla de la hija de Sión. (...) Sus puertas en tierra se han hundido, él ha deshecho y roto sus cerrojos" (*Lm* 2, 8-9). Ahora, en cambio, el Señor vuelve a ser el constructor de la ciudad santa; en el templo reconstruido bendice de nuevo a sus hijos. Así, se hace mención de la obra realizada por Nehemías (cf. *Ne* 3, 1-38), que había reconstruido las murallas de Jerusalén para que volviera a ser un oasis de serenidad y paz.

2. En efecto, se evoca enseguida la paz (*shalom*), también porque se halla contenida simbólicamente en el mismo nombre de Jerusalén. El profeta Isaías ya prometía a la ciudad: "Te

pondré como gobernante la paz, y por gobierno la justicia" (*Is* 60, 17).

Pero, además de reconstruir las murallas de la ciudad, de bendecirla y pacificarla en un clima de seguridad, Dios ofrece a Israel otros dones fundamentales, como se describe al final del salmo. En efecto, allí se recuerdan los dones de la Revelación, de la Ley y de las prescripciones divinas: "Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel" (*Sal* 147, 19).

Así, se celebra la elección de Israel y su misión única entre los pueblos: proclamar al mundo la palabra de Dios. Es una misión profética y sacerdotal, porque "¿cuál es la gran nación cuyos preceptos y normas sean tan justos como toda esta Ley que yo os expongo hoy?" (*Dt* 4, 8). A través de Israel y, por tanto, también a través de la comunidad cristiana, es decir, la Iglesia, la palabra de Dios puede resonar en el mundo y convertirse en norma y luz de vida para todos los pueblos (cf. *Sal* 147, 20).

3. Hasta este momento hemos descrito la primera razón de la alabanza que se ha de elevar al Señor: es una motivación histórica, es decir, vinculada a la acción liberadora y reveladora de Dios con respecto a su pueblo.

Sin embargo, hay otra fuente de júbilo y alabanza: es de naturaleza cósmica, es decir, relacionada con la acción creadora de Dios. La Palabra divina irrumpe para dar vida al ser. Semejante a un mensajero, corre por los espacios inmensos de la tierra (cf. *Sal* 147, 15). Y al instante suceden cosas maravillosas.

Llega el invierno, cuyos fenómenos atmosféricos se describen con un toque de poesía: la nieve, por su pureza, se parece a la lana; la escarcha es como ceniza (cf. v. 16); el hielo se asemeja a migas de pan arrojadas a tierra; el frío congela las aguas y bloquea la vegetación (cf. v. 17). Es un cuadro invernal que invita a descubrir las maravillas de la creación, y volverá a aparecer en una página muy pintoresca también de otro libro bíblico, el del Sirácida (*Si* 43, 18-20).

4. Pero, siempre por la acción de la Palabra divina, reaparece la primavera: el hielo se derrite, sopla su aliento y corren las aguas (cf. *Sal* 147, 18), repitiendo así el ciclo perenne de las estaciones y, por consiguiente, la misma posibilidad de vida para hombres y mujeres.

Naturalmente, no han faltado lecturas metafóricas de estos dones divinos. La "flor de trigo" ha hecho pensar en el gran don del pan eucarístico. Más aún, Orígenes, el gran escritor cristiano del siglo III, identificó ese trigo como signo de Cristo mismo y, en particular, de la sagrada Escritura.

Este es su comentario: "Nuestro Señor es el grano de trigo que cayó en la tierra, y se multiplicó por nosotros. Pero este grano de trigo es sumamente abundante. (...) La palabra de Dios es sumamente abundante: encierra en sí misma todas las delicias. Todo lo que quieres, proviene de la palabra de Dios, tal como narran los judíos: cuando comían el maná, este, en su boca, tomaba

el gusto de lo que cada uno deseaba. (...) Así también en la carne de Cristo, que es la palabra de la enseñanza, es decir, la comprensión de las sagradas Escrituras, cuanto mayor es el deseo que tenemos de ella, tanto mayor es el alimento que recibimos. Si eres santo, encuentras refrigerio; si eres pecador, encuentras tormento" (Origene-Gerolamo, *74 omelie sul libro dei Salmi*, Milán 1993, pp. 543-544).

5. Así pues, el Señor actúa con su palabra no sólo en la creación, sino también en la historia. Se revela con el lenguaje mudo de la naturaleza (cf. *Sal* 18, 2-7), pero se expresa de modo explícito a través de la Biblia y su comunicación personal en los profetas, y plenamente a través de su Hijo (cf. *Hb* 1, 1-2). Son dos dones diversos, pero convergentes, de su amor.

Por eso, cada día debe subir al cielo nuestra alabanza. Es nuestra acción de gracias, que florece al despuntar la aurora, en la oración de Laudes, para bendecir al Señor de la vida y la libertad, de la existencia y la fe, de la creación y la redención.

Saludos

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, en especial a los grupos parroquiales de Alicante y a los peregrinos de Ávila y de Torrevieja. Que cada día sepamos agradecer al Señor el gran don de su palabra y de su amor. Muchas gracias.

(En italiano)

A las Hermanas Franciscanas de la Caridad:

Queridísimas hermanas, de corazón os bendigo a vosotras y a vuestro instituto, a fin de que, fieles al carisma de vuestro fundador, correspondáis con renovado fervor a la llamada divina.

Con afecto saludo, también, a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Recordando la admirable figura de san Bernardo, abad y doctor de la Iglesia, cuya memoria celebramos hoy, os deseo a cada uno que progreséis cada vez más en el amor de Dios, que da pleno significado a la juventud, al sufrimiento y a la vida familiar.

Finalmente, aludió a los atentados que tuvieron lugar el 19 de agosto en Bagdad y Jerusalén, con las siguientes palabras:

Las trágicas noticias que llegan en estas horas de Bagdad y Jerusalén no pueden por menos de generar en nuestro corazón profunda tristeza y reprobación unánime.

A la vez que encomendamos a la misericordia divina las personas que han perdido la vida e imploramos consuelo para los que lloran, pedimos al Dios de la paz que prevalezca en los

corazones la sabiduría y los responsables de la cosa pública sepan romper esta funesta espiral de odio y de violencia.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana